

templar mis antiguos vestidos; tarareaba muy quedito nuestras piezas de baile. Todas las canciones de Natividad, me venian á la memoria, y sobre todas la de *La hermana de leche*; pero desde las primeras estrofas de esta última, sentía que las lágrimas saltaban á mis ojos y el bochorno extinguía mi voz. En la tarde pensaba en la oracion en comun, en la dulce tranquilidad de mi modesta habitacion; el domingo, me acordaba de la misa matinal de la Iglesia de la aldea, las vísperas cantadas en coro y las alegres pascuas. Cuando yo escribia al dictado del Capitán, frecuentemente estampaba sobre el papel, los nombres que únicamente me preocupaban y la turbacion de mi espíritu se hacia así demasiado visible. "Vamos, amigo mio, me decia el capitán, es necesario que esa cabeza, jóven, se calme, ó de otro modo, vos no sereis mas que un mal marinero. Siempre hablando, me apretaba la mano sonriendo agradablemente, y yo decia: "¡Ah! si fuera solamente carpintero en el Cabo!

"Encontraba algun auxilio á mi mal en los consejos que me daba el comandante, y mas todavía en el afecto que me manifestaba. Hay dos amistades igualmente preciosas, aunque diferentes. La primera fundada en las relaciones de la edad: un jóven se siente atraido por otro jóven y hacen comunidad de sus placeres y sus penas.

Expuestos á los mismos peligros, se sostienen mutuamente, apoyan uno en el otro sus dos debilidades. Fuera del hogar doméstico, en la gran

familia de los hombres, esta amistad puede ser llamada fraternal, porque tiene por todas partes, igualdad de cuidados, de deberes y de derechos. La otra amistad, por el contrario, para nada tiene en cuenta la edad; se forma entre un niño y un hombre maduro, un jóven y un anciano. Así en el tesoro de afecciones, las dos partes no son muy semejantes: el uno lleva el ardor, la poesía de sus ilusiones; el otro la calma de su razon y las lecciones de su experiencia. Hay algo de filial en la ternura del primero y algo de paternal en la solicitud del segundo. La amistad de dos jóvenes se asemeja á dos árboles plantados el mismo dia, en el mismo lugar y que se defienden recíprocamente de los vientos del Norte y del Mediodia. La amistad de un jóven y un anciano exige otra imágen: es la campanilla que se enlaza á una encina centenaria y se eleva hácia el cielo. El árbol viejo presta á la planta el apoyo que le es indispensable, y la planta á su vez lo corona de sus blancas flores.

"Esta última amistad, se enraizaba cada dia mas y mas en el fondo de mi alma. La bondad del comandante cooperaba á ello y por otra parte yo le tenia mucho respeto. No obstante la desigualdad de nuestras condiciones, sentía entre nosotros una especie de parentesco moral que me llenaba de placer. Cuando él me hablaba de los secretos del corazon, apenas abria la boca, y mi pensamiento habia completado su discurso, siempre elegante y sencillo, siempre rodeado de una dulce gravedad. A su vez él tam-

bien me adivinaba. ¡Como encontraba palabras afectuosas para reanimar mi valor! “Tened paciencia, me decía, por dos años, por un año, por seis meses y volveréis á ver á vuestra Bretaña. Creo que esta ausencia será la última para vos; obtendremos una licencia que os permitirá permanecer en medio de vuestros amigos.”

“Besaba la mano de mi bienhechor; hubiera querido demostrarle mi reconocimiento, pero no sabia como manifestarle aquello que yo sentia con tanta veemencia. Yo le habia dicho que lo queria, que lo veneraba y puede ser que no lo haya podido saber, ni por mis ojos ni por mi voz. Una falsa vergüenza contuvo siempre los impulsos de mi gratitud; debí de parecerle frio cuando me hubiera sido muy dulce cambiar mi ternura en perfume y derramarlo todo á sus piés. Al ménos Dios ha sido mi confidente y no me acusará.

“¡Volver á la casa del Cabo! ¡volver para no dejarla jamás! ¡oh! ¡cuán delicioso era este pensamiento aunque lleno de penas todavía! Mis sueños apasionados se han desvanecido; pero en su lugar, lo sabeis, habia concebido otras quimeras. El hombre no puede abstenerse de buscar la felicidad; cuando el camino real le falta, le es preciso tomar á la derecha ó á la izquierda otro que lo lleve al mismo fin. En vano mis esperanzas habian naufragado, como las producciones naturales que flotan en la mar y que que-

dan allí despues de la tempestad buscando tierra por alguna parte.”

“¡Qué bello dia aquel en que despues de cuatro años de navegacion entramos en la rada de Rochefort! Medio vestido, con los ojos deslumbrados, riendo y llorando á la vez, corrí sobre el puente como un insensato. Esta última ciudad me era tan conocida como los países bárbaros visitados por nuestro navio, pero este era la Francia, y la Bretaña estaba demasiado cerca!.. ¡Con qué embriaguez recibí el permiso provisional que el comandante se gloriaba de conseguirme! ¡Cuán lentos eran los carruages para conducirme á mi país!

“No habia escrito antes de ponerme en camino; ¿para qué? si estaba de tal manera violento por partir! En fin, entré á uua ciudad bretona, atravesé á Nantes: pero hasta que llegué á los lugares de Morbihan no me sentí desembarazado y pude respirar el aire natal. Sin embargo, ardía en impaciencia; maldecia la pereza del postillon, la de los caballos y á nuestras montañas tan difíciles para salvarse. ¡Oh ruido de las ruedas, silbido del látigo! ¡Qué armonía os puede igualar?..... ¡Mas aprisa, mas aprisa! ¡Maldicion á esos caminos tortuosos, donde el carruaje se arrastra como una tartaria de suelon. ¡Ah! todavía un dia de espera!... Al menos si yo hubiera podido dormir! Ved á Finisterre, ved sus rientes paisajes y sus elegantes campanarios! ¡Sonad, sonad, lánguidas

horas, ó mas bien, ¡oh Dios mio, dad á las á mis deseos, y ellos me llevarán!—Decia yo; y sobre una roca elevada se descubrian unas ruinas. Era un viejo castillo, era Roche-Maurice! De la cima de uua de sus torres es de donde el Sr. del Elorn se precipitó en el rio, al cual ha dado su nombre. ¡El Elorn!.... ¡el Elorn!.... No, no hay lenguaje entre los hombres para manifestar lo que yo sentia. El carruaje caminaba siempre; lo dejé á cinco leguas de Brest, y tomé á pié la rivera derecha de un rio tan querido.

“Me quedaban todavia cerca de tres leguas para llegar al Cabo. Al principiarse mi camino, pasé al pié de ese monasterio en que Natividad me habia hablado cuatro años antes el mismo dia de mi partida. Oía voces de mujeres en la capilla: cantaban de un modo plañidero y lleno de melodía. Me detuve involuntariamente. Habia en este canto una paz tranquila, una piedad lenta que contrastaba con la impaciencia de mis deseos y el tumulto de mis pensamientos. Escuchaba con ávido oído; las voces se elevaban, descendian, morian y se elevaban otra vez. Creí sentir que un soplo del cielo acariciaba mi frente. Una melancolía extravagante reemp'aza mi primera precipitacion. Volví á tomar mi camino mas lentamente, y oraba en secreto.

“¿Apresurarme? ¿y para qué, despues de tan larga ausencia? ¿Encontraremos siempre en el hogar todo aquello que hemos dejado á nuestra

partida?..... El recuerdo del doble fúnebre dado en Pamplémousses me vino á la imaginacion. Por otra parte, yo habia dicho, no estoy persuadido que este doble me anunciara la muerte del maestro carpintero; pero mas de tres años trascurridos despues, habian debilitado esta conviccion. Puede ser que me haya yo dejado engañar por una imaginacion demasiado viva, demasiado inclinada á lo maravilloso. La duda tenia la balanza y á su vez era inclinada por el temor ó la esperanza. Frecuentemente mis inquietudes no tenian otro objeto que Mazé-Kervella; pero tres leguas antes de llegar á la casa, una nueva incertidumbre se apodera de mí y me pregunto si Natividad ha muerto. Procuré convencerme de que ellas vivian, de que eran felices y me dije. En este momento Andres trabaja del otro lado del arroyo; Natividad voltea su rueca al borde del lavadero y un pequeño niño juega á sus piés. ¡Un niño!... sí, sí, es el hijo de mis dos amigos, de mi hermano y de mi hermana! el niño que yo acariciaré y que me amará!

“Durante mis cuatro años de viaje, á escepcion de la carta de que he hablado, no recibí ninguna noticia del Cabo. Yo habia escrito muy poco tambien, y me esplicaba además el silencio de mis amigos, por la rareza de las ocasiones ó por la infidelidad de los mensajeros. Sin embargo, este silencio me apenaba. Mientras mas me acercaba á nuestra casa, mas dominado me sentia por una vaga tristeza. Ya veia yo el campa-

nario de Saint-Jean elevarse mas allá de las encinas; reconocí el terreno donde el día del *perdon* me senté con nuestro padre, Andres y Natividad. Los bosques que yo habia visto tan animados, tan llenos de alegría, estaban desiertos. No oia mas que los murmullos del viento en las ramas y los gemidos de la mar que subia. Marché sin detenerme. Paseaba mis miradas y mis recuerdos por los tajos de Kéréraul y la capilla de Passage, el gran camino del lugar y la casa del anciano sacerdote.

Esta se elevaba en la cima de un páramo entre la aldea de Saint-Languy y mi cara habitacion. Dí algunos pasos para ir á ella; pero un incidente bien sencillo redobló mi emoción y no me permitió sino soñar con exclusion de lo demas, en la casa del Cabo. Al borde del arroyuelo, donde encontramos á Natividad á nuestra vuelta del colegio, una jóven lavaba ropa y cantaba un aire breton. Este aire me era conocido; Natividad le prefiria á todos los otros: era la *Hermana de leche*, la pobre hermana del gentil hombre. La juventud de la cantante, la dulzura de su voz, las palabras de la balada, todo contribuia á volverme por un momento las ilusiones pasadas. Mis proyectos de amistad rtanquila se fundieron como el hielo por el sol; sentí que habia presumido mucho de mis fuerzas y que no estaba curado todavía. Sin verme, sin voltear la cabeza al ruido de mis pasos, la jóven continúa su cancion: ella cantaba esta copla:

Allá en edad temprana, cuando él era pequeño
Y yo pequeña, salo se ocupaba de mí;
Crecimos ¡ay! cuán breve cesó ou delce empeño
¿Te acuerdas, Madre...? Dí.

Murmuré con ella al fin del verso esta reflexion tan cierta, ese pesar tan natural para aquellos que no son demasiado niños.

¡Crecimos, ¡ay! cuán breve!

Lo sentía en la amargura que se mezclaba á mi vuelta al hogar que me inspiraba los trasportes de una ternura vanamente disfrazada; si nos fuera posible pasar de la infancia á la vejez, sin atravesar la edad de las pasiones! ¡Ah! ¿Podria ocultármelo? Al llorar mi patria, lloraba á Natividad!

Amaba á mi pais porque la amaba á ella. ¿Dónde encontrar en la casa, cerca del lavadero, al borde del arroyo, en la playa, un lugar donde no la haya visto cien veces? ¡Oh, qué no se pregunte por qué el aroma de estos saucos me parece tan agradable, estos saucos de un verde tan tierno, estos acebos tan brillantes, tan lustrosos á la luz del sol, este campo de lino tan bello con sus innumerables estrellas azules! Qué no se me pregunte por qué este páramo sembrado de rosas, de cárdos y de pardo musgo ha debido traer mis ojos encantados, porque un breñal, una piedra que el transeunte no apercibe, hacia palpar mi corazon y alentar

mi pecho! ¿Hay algo aquí que Natividad no haya encantado con su presencia? ¿Hay algo aquí que no me hable de ella?

En fin, yo respiraba esos perfumes que me embriagaban; veía los cuatro álamos, la espesura de los sauces y de los saucos: estaba delante de la casa del Cabo. Fuera del cercado y junto al muro, un niño estaba sentado jugando con unas conchas. Al acercarme á él, creí desfallecer. Buscaba en su semblante la semejanza de mi amigo: pero mi vista se turbó al mirarlo y me sentí próximo á prorumpir en lágrimas.

El niño, admirado tal vez por la atención con que yo le miraba, cubrió su rostro con sus pequeñas manos y se puso á llorar.

Abrí la barrera y un perro me ladró en seguida, no era Pied-Blanc. ¡Qué ansiedad se apoderó de mi alma en el umbral de esta puerta! Nada más que algunas tablas entre mí y mi universo, entre mi universo y la nada.

Alargué la mano para abrir, pero me detuve todavía..... Temblaba en todo mi cuerpo..... ¡No, no, que no se hable más de los goces de la vuelta; la vuelta está llena de agonías!

El perro ladraba todavía y fué preciso entrar. Un instante después, puse atención, y un

ruido ligero venía del interior, semejante á un murmullo monótono.

Reconocí este ruido. es el movimiento, es la vida del hogar doméstico. Es la rueda de la ama!

—Natividad! Natividad! exclamé.

Y fuera de mí, trasportado de gozo, me precipité á entrar á la casa.

Natividad no me respondió.

Una joven se levantó asustada con mis gritos y corrió á la cuna de su hijo; me preguntaba entre mí, si me encontraba en la casa de Mazé-Kervella. Cuando examiné esta habitación tan conocida para mí la admiración se aumenta; reconocía los muebles de nuestro padre; veía la cama de Natividad, las dos imágenes que ella misma había colocado allí. Cuando la sorpresa y el susto me permitieron hablar, pregunté á la aldeana.

“Mi marido, me dijo, ha comprado esta finca hace muy poco tiempo. Hace más de tres años que no estaba habitada.

—¿Sabeis qué se han hecho los antiguos propietarios? le pregunté deseando y temiendo la respuesta.

"Yo no puedo daros mas que estas noticias, dijo la aldeana. Viviamos del otro lado del rio y si esta habitacion no fuera demasiado cómoda para mi marido, cuyo oficio es construir barcas, y si por otra parte no nos hubiera tentado el poco precio á causa de ciertos rumores que sobre ella circulan, hubiera rehusado dejar mi parroquia para venir á esta en donde no conozco á nadie. Se dice que el maestro carpintero á quien pertenecia esta casa, ha muerto hace cuatro años, y en seguida acaeció una gran desgracia: se asegura que un jóven ha perecido aquí por accidente y ha sido visto muchas veces por la noche en la cima de Roc-Nivélen, ó bien sentado sobre el pequeño puente que conduce á nuestras encrucijadas. Nadie queria comprar ni alquilar la casa por esta pobre alma en pena; sin embargo, desde que estamos aquí....

Este carpintero tenia una hija exclamé yo ¿se habrá muerto?

—No puedo decíroslo, respondió la jóven.

—¿Pero quién os ha vendido esta casa?

—Un sacerdote anciano que habita en Passage ha arreglado esto con el notario.

—¿Ese sacerdote, vive aún?

—Sí; pero es muy anciano, y está ciego.

Yo estaba traspasado de dolor; salí.

"En un instante llegué á la puerta del anciano sacerdote. Un perro velaba allí acostado en el suelo; era Pied-Blanc. Desde que me vió se lanzó hácia mí con gritos de alegría, llenándome de caricias. No encontrando á nadie que me respondiera en la casa de mi viejo amigo, subí á la pieza donde tenia costumbre de encontrarlo; estaba allí, pero dormido. El Padre Olivier habia llegado al último término de la vejez. Su piel disecada y sus ojos cerrados le daban toda la apariencia de un cadáver. Permanecí un momento delante de él, no deseando despertarle, aunque estuve impaciente de saber la suerte de los antiguos habitantes del Cabo.

Temia en mi viejo amigo el efecto de un pásmo, de una emocion demasiado fuerte, y sin embargo yo no pude esperar mas; estaba en el suplicio y mi razon se perdia. Me arrodillé á sus pies, oprimí sus manos en las mias y las besé muchas veces; hizo un ligero movimiento; apreté sus heladas manos y murmuré en voz muy baja:

"Padre mio, ¿y Natividad?"

"El padre Olivier mueve muchas veces la cabeza y con el aire de un niño que se queja de ser molestado dijo: en medio de esa somnolencia ordinaria á los ancianos ¿quién habla de Natividad? Ya no hay Natividad.

—¿Qué, padre mio, ella también?..... continué yo exalando un gemido.

“El anciano mueve sus labios, nuevos pliegues surcan su frente.

“Ella hizo bien de dejar este mundo, prosiguió.

“No procureis llamarla. ¡Vuestros altares oh señor, vuestros altares! ¿He olvidado las santas escrituras?

“Levanté la voz: ¡oh padre mio habladme de ella! ¿Decidme, decidme cómo ha muerto.

—Ha muerto? replicó la voz siempre soñolienta.

¡Oh Dios mio, vos lo acabais de decir! exclamé yo: y toda mi sangre se agolpó á la cabeza y creí oír el ruido de un martillo.

Y el anciano: “Si ha muerto es mejor..... Al fin me tocará mi vez.... Dichosos de los muertos!..... Si la hoja verde cae, ¿qué será de la seca?

“En la horrible incertidumbre en que estaba, esta sonolencia era para mí un martirio. Pronuncié mi nombre dos ó tres veces esperando que él despertaría al que dormía. En efecto

la voz del Padre Olivier se levanta un poco, sus palabras se hacen mas perceptibles.

Pobre Adrian, dijo él, si lo encontráis, bendicidle.

—Adrian está aquí, respondí pasando mi brazo al derredor de su cuello. No le amais demasiado, puesto que no le conoceis.

“Yo habia triunfado del sueño y de la vejez.

“El buen Padre Olivier estendió los brazos y con sus manos temblorosas reconoció los rasgos de mi fisonomía. Hijo mio, exclamó: no puedo verte; pero siempre puedo amarte, y me abrazó llorando.

“Despues de haber respondido á mis preguntas mas exigentes, ved los detalles que me dió:

“Cuando yo partí, mi padre ya estaba enfermo. Era uno de esos hombres, semejante á lo que se cuenta de un jóven espartano que se dejaba roer las entrañas antes de exalar un quejido. Tenia además la estoica resignación de un breton: “Pertenezco al buen Dios; cuando sea llegada mi hora yo iré.” Sin embargo, este hombre que jamás empleaba un remedio para combatir una enfermedad de que podia sanar, soñaba en su hija. Decia que era tiempo de darle otro protector. El matrimonio se fijó para el día 10 de Setiembre. Varios arreglos que era